



LA FAMILIA,
RUMBO
A TOKIO



El taekwondo español no se entiende sin la saga que ahora prolonga **JESÚS TORTOSA**, aquel joven espigado que en Río se quedó con la miel en los labios. En Tokio, «más fuerte, más rápido», buscará la medalla que también se le resistió en Seúl al padre, el pionero, aficionado por las películas de artes marciales.



Jesús Tortosa, entre María José y Jesús, sus padres, en el Club Tortosa de taekwondo, en Alcobendas. ANTONIO HEREDIA

Bruce Lee y la cuenta pendiente de los Tortosa

LUCAS SÁEZ-BRAVO MADRID
Este reportaje empieza con las películas de Bruce Lee y Wang You, con un niño que soñaba con las artes marciales en la España de los 70. Sigue con la historia de amor entre Jesús y María José, con sus pequeños gateando por el tapiz y acaba... No hay fin, de momento, porque Jesús Tortosa (Madrid, 1997) hijo tiene apenas 21 años y buscará en Tokio lo que a punto estuvo de lograr en Río con 18, lo que su padre acarició en Seúl 88: la medalla olímpica que cierre el círculo de la pasión y la dedicación de la *Familia taekwondo*.

En el gimnasio de Alcobendas corren los niños, alucinados con los *flashes* y con las patadas para la cámara de su ídolo. «Es la imagen de mi infancia, mis hermanos y yo en este mismo tapiz, echándonos la bronca porque nos peleábamos...», recuerda Jesús, mientras sonríe su madre, también vestida con el *dobok* para la ocasión. Ella practicaba kárate, pero al conocer a Jesús (padre)... Después Celia, la primogénita —que ahora estudia para ser actriz—, Jesús hijo, claro y también Hugo, que sueña con ser político. Todos estuvieron en Río, llorando la medalla perdida,

ese punto de oro que frustró momentáneamente la ilusión familiar. «Me afectó. Estaba con Eva [Calvo] y Joel [González], que hicieron un papel increíble. Sentía que mi esfuerzo no tenía recompensa, fui el único que se quedó a las puertas. Me llegó a plantear, ¿merecerá la pena todo esto? Sacrificio, dietas, entrenamiento, familia, amigos... Dices, adiós, hasta aquí hemos llegado», se sincera, superado ya aquel mal trago que fue una lección.

Ese lamento de miel en los labios coincide con el del padre y confirma lo que pronuncia con ese orgullo de quien se refleja en un espejo: «Estamos clonados. Nos parecemos en todo. En la forma de competir, en la forma de ser. Tranquilos, fríos. Y hasta estudia lo mismo que yo: INEF en Madrid». A Jesús, padre, pionero de un deporte que extendieron en nuestro país los maestros coreanos enviados para *promulgar su fe* en el deporte patrio, también los Juegos le dejaron una ronda sin pagar. «En Seúl me sentí hundido, no sabía donde meterme. Era subcampeón del mundo, campeón de Europa, uno de los favoritos, y en el sorteo me tocó el coreano...», se lamenta del ese otro cuarto puesto.

Tras retirarse, montó su escuela, fue seleccionador nacional y la semilla que plantó tuvo pronta extensión en sus vástagos. Aunque eso, el ape-

lido, también puede ser losa. «Me ha acompañado siempre. Me ha pesado y me ha ayudado, a la vez. Éramos los Tortosa, mi padre era el seleccionador, yo era el enchufado, al que todos miraban, el que todos esperaban que perdiese. Mis hermanos y yo hemos tenido que demostrar que nos lo merecíamos. Hasta que no fui campeón del mundo júnior la gente no dejó de pensar que mi padre me ayudaba», protesta Jesús, hijo, quien a los 15 le mandaron un verano a Corea, hoy ya una de las opciones de

«El apellido siempre me ha pesado. Todos esperaban que perdiese, era el enchufado»

medalla más sólidas de toda la delegación española en Tokio.

Porque si de adolescente se quedó a un centímetro... «Estoy en mi mejor versión. Soy más fuerte, más rápido, tengo más combates a mi espalda. Pero no me puedo obsesionar», afirma rotundo. Y corrobora el padre: «Le veo más maduro, más formado como hombre. En Río era un niño, necesitaba un poco más de control, alguien que le fuera indicando, dirigiendo, sujetando».

Ese alguien es Miguel Ángel Herranz, su entrenador. Y también Pablo del Río, el psicólogo. Y ese cambio es la rutina de quien vive interno en el CAR, entregado al deporte y al estudio. De quien, pese a medir casi 1,90 metros, tiene que mirar siempre la báscula de reojo, para no superar los 58 kilos. Y para él, *foodie* reconocido, que ha abierto junto a su novia una cuenta de Instagram donde comentan los restaurantes que visitan, es todo un desafío. «Si tengo un periodo libre, aprovecho. Pero en temporada tengo que controlar la dieta, comer todo limpio. Y luego quitando cantidades, corto un poco de líquido... Pero es un sacrificio que yo he escogido».

No todo es físico. «Aquí no gana ni el más fuerte, ni el más rápido. Gana el más listo. Al ser un deporte de oposición, si planteas una estrategia buena y eres listo, puedes ganar a cualquiera. Yo me empollo a cada rival como un examen», reconoce.

Pero volvamos a Bruce Lee y Wang You. «Estábamos impresionados con sus películas. El regalo de cumpleaños que pedí a los 13 fue que me apuntaran a taekwondo», admite el padre, que desvela el deseo compartido por el hijo, y por la madre y los hermanos de la *Familia taekwondo*. «Ya no lo hablamos tanto, pero lo tengo guardado dentro de mí. El reto de superarle con una medalla olímpica...».

TEST OLÍMPICO

Contesta Jesús Tortosa (hijo).

¿Su recuerdo favorito de la historia olímpica? La final de los 100 metros de Usain Bolt en Pekín 2008. Ahí me dije, yo quiero estar algún día en ese evento tan importante.

¿Si logra una medalla, dónde iría a celebrarla? Al Diverxo, que está el primero en mi lista de restaurantes pendientes y es para una celebración grande.

¿A qué deportista admira? A Ricky Rubio. Me gusta su forma de ser, cómo superó las cosas que le han ido ocurriendo. Leo sus entrevistas y me encantan.

¿Su comida prohibida? La hamburguesa especial del Juancho's, que dicen que es la mejor de España. Me encanta. Cada vez que puedo saltarme la dieta, voy allí.

¿Se liga por redes sociales? Sí, sí... Eres una persona más conocida, hay cierto interés por ti... Pero yo tengo novia y estoy muy centrado en ella.